

Sergio E. Bernales García

M. TULIO VELASQUEZ



Una glosa biográfica de hombres como Sergio Bernales suele ser siempre injusta porque pretende reemplazar con el fácil adjetivo aquello que es esencialmente un sustantivo, y porque trata de definir, con el relato de los hechos de una vida, lo que es indefinible personalidad. Acaso un monumento enhiesto apuntando al cielo, granito en la apariencia, flor en la médula, fuente cristalina en la entraña, sería más fiel con nuestro personaje que esta pálida semblanza. Decir lo que Sergio Bernales hizo no hace justicia a la grandeza de su motivación humana; decir lo que amó, es describir el universo entero; decir lo que sufrió, es traicionarlo descubriendo lo que obstinadamente ocultó detrás de su inefable sonrisa o la adustez estudiada de su rostro. Quizá habría para definirlo una sola palabra: hombre. Hombre en toda la íntima y extensa significación del sustantivo. Sergio Bernales perteneció a la poco común especie de seres para los que Hombre se escribe con mayúscula. Creo que la conciencia (o subconciencia) de su hombridad fue el sino de su vida; una vida honda, profunda, ligada indestructiblemente a las grandes pasiones humanas y libre de la mezquina superficialidad del halago y la vanidad. Fue, además, y

por sobre todas las cosas, un hombre bueno, no solamente por la bondad que derramó a manos llenas, sino porque jamás hizo mal a nadie. Hombre sin dobleces, de una pieza, no odió ni rumió rencores; vivió, aun en los peores momentos de adversidad, con un optimismo y una fe deslumbrantes y contagiosos. Como médico vivió con honrada su amor y comprensión por el enfermo; como docente veló con pasión por sus alumnos y discípulos; como ciudadano llevó con humildad, a la par que altivez, su enhiesta rebeldía social y política. Por donde se le mire es una vida trazada a regla, de principio a fin. El conocerlo y reconocerlo enorgullece a la profesión médica; a todos los que, cerca o lejos de él, visten su mismo mandil blanco y sienten a su rededor el mismo murmullo insatisfecho y esperanzado de la juventud estudiosa; a todos los que en los hospitales, en los consultorios, en los laboratorios, en las aulas, hacemos algo de lo que él hizo a raudales.

Es importante recordar que fue un hombre controvertido, pero no por la intención sino por las formas. Y que fue un hombre combatido, pero no por sus esencialidades sino por los avatares de su

destino histórico. El personaje pudo quedar controvertido y combatido, pero el Hombre quedó claro, nítido, tallado, en su auténtico valor.

Nacido el 9 de setiembre de 1885, se recibió de médico en la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos en noviembre de 1908. Entre sus primeras y casi desconocidas actividades se cuenta el haber sido ayudante observador del Observatorio Meteorológico "Unanue" y taquígrafo de la Cámara de Diputados. Desde 1911 fue médico auxiliar del Hospital "Dos de Mayo" y en 1922 es nombrado médico asistente en el Servicio del Profesor Daniel E. Lavourería; Jefe del Servicio de Medicina "Julián Arce" desde 1931 y del Servicio "Abel Olaechea" (con retención del cargo en "Julián Arce") desde 1942. En 1932 se le nombra, además, Médico de Consultorio Externo del "Dos de Mayo" y llega posteriormente a dirigir hasta ocho de ellos. Jamás faltó a su puesto junto a los enfermos. Fue el primero en llegar y el último en retirarse los 365 días del año. Con increíble energía, aun en su ancianidad, paseó por las salas del hospital, de cama en cama, su amor y su sabiduría; con ternura y respeto, trataba a los enfermos como si fueran amigos dilectos; jamás usó con ellos el "tú" que en nuestro hábito social disminuye al que lo recibe cuando no puede contestarlo y, en cambio, usó y obligó a sus alumnos y discípulos a usar el "usted" respetuoso, que reconocía en cada enfermo un hombre doliente y no un simple objeto de estudio. A la vera de médicos y maestros de la talla de Lavourería, Gonzales Olaechea y otros, adquirió una recia personalidad médica y se convirtió en uno de los más sobresalientes clínicos de su época. Mantenía un sentido integral de la medicina. Entre sus trabajos más destacados, remite a sendos congresos y casi al mismo tiempo, una contribución sobre las pleuresías, otra sobre la interdependencia entre las enfermedades sistémicas y las lesiones bucodentarias y una tercera sobre problemas de endocrinología. El Consultorio Médico, sección permanente de la "Actualidad Médica Peruana" que él sostuvo por muchos años, cubrió con amplia capacidad clínica los más variados y vastos temas médicos.

El aspecto más conmovedor de su larga carrera médica fue su entrega al servicio de sus enfermos de Hospital; pudo enriquecerse de la vanidad de los pudientes, pero prefirió vivir pobre al servicio de los pobres; con una inquebrantable austeridad ejerció la medicina, y en este caso no es expresión manida, como un sacerdocio. El día de su muerte,

a los 74 años, había asistido como siempre a ver a sus enfermos del "Dos de Mayo".

En 1931 la Facultad de Medicina lo nombró Catedrático Principal Interino de Nosografía Médica, y en 1940, Titular de la Cátedra de Clínica Médica, Nosografía y Terapéutica. Ya desde antes, como Asistente y, luego, como Jefe del Servicio "Julián Arce", venía demostrando su insobornable vocación docente y su gran versación clínica, ante alumnos de medicina y asistentes del servicio. Pero es desde la Cátedra que Bernal es muestra extraordinaria personalidad. Elimina la "clase magistral" y se acerca al alumno para entablar el diálogo. Cita a Houssay: "El éxito de la enseñanza está en relación inversa con la distancia que existe entre el profesor y el alumno. . . La enseñanza alcanza su cometido cuando el profesor conoce a los estudiantes como personas y no como simples nombres. . . ."

Esta faceta de su actividad es la que ha concitado mayores discrepancias; no por el contenido espiritual del maestro o el contenido científico de sus lecciones, sino por el aparato formal de su quehacer docente, plasmado después en decenas, tal vez centenas, de anécdotas y comentarios. Gesto adusto, severo, a veces temerario; tempestuoso, estallante su supuesta ira en un lenguaje simple, sin circunloquios ni rodeos, con frecuencia poco cuidado en su fuerza fustigante.

En apariencia áspero, no conoció el eufemismo ni en la vida ni en la palabra. Su ceño increíblemente expresivo, las largas, espesas y temblantes cejas, los labios finos y aparentemente crueles, el gesto corporal altivo, la tez agarena, las manos singularmente agresivas. Todo producía en él la apariencia de un ser demolidor y terrible. Con frecuencia, pasado ya el IV año de medicina, me he admirado al constatar que su estatura física era mucho menor que la que nos parecía cuando éramos sus alumnos. Pero siempre fue evidente que detrás de aquella muralla adusta y áspera, latía un corazón grande y tierno, con profundo amor por la juventud universitaria e incommovible lealtad a lo que él consideraba su deber para con el altísimo encargo que había recibido de la Escuela de Medicina.

Y así lo reconocieron los mismos alumnos que recibían aquel trato tan discutido. No se recuerda maestro más homenajeado por sus discípulos que Sergio Bernal, varias promociones llevan su nombre, de ahí que el 9 de setiembre—día de su onomástico— era día de grandes celebraciones estudiantiles y fue declarado "Día del IV Año de

Medicina". Era por título indiscutible el "Maestro de la Juventud Sanfernandina" y así lo declaró el Centro de Estudiantes de Medicina. Pocas personalidades en nuestro mundo médico y científico han recibido el trato del primer nombre como forma intransferible de respetuosa singularización, aún hoy, trece años después de su muerte, Sergio Bernales sigue siendo don Sergio. Es indudable que las inquietas promociones sanfernandinas lo siguieron con cálida devoción; así lo han sentido todos, adversarios y simpatizantes, detractores y amigos, todos los que pasaron por las aulas de nuestra querida Facultad mientras Bernales fue su Profesor de Clínica Médica. "Sus enseñanzas y a veces duras observaciones quedarán en el recuerdo de sus discípulos. . . Grande por su sabiduría, pero aún más grande por su enorme corazón de hombre bueno. . .", dijo en memorable ocasión uno de los dirigentes estudiantiles simpatizante de la posición doctrinaria de don Sergio; "Estamos rodeándote como siempre cuando impartías enseñanzas y ejemplo. . . La juventud percibe claramente quiénes son los hombres rectos, claros, sinceros y dignos. . ." expresó el Secretario General del Centro de Estudiantes de Medicina, adversario político de Bernales.

Como docente desempeñó su gran misión en múltiples campos: en el aula, en las salas del hospital, en los consultorios, en la revista que él fundara y mantuviera por muchos años, y en los más elevados puestos de la administración universitaria. Es sin duda la figura más esclarecida que ha ocupado la Secretaría de la Facultad; le dio tal prestancia que convirtió ese puesto en la verdadera antesala del Decanato. Decano de la Facultad durante una de las más difíciles encrucijadas históricas de la Reforma Universitaria; ferviente cruzado de este movimiento, creyó con toda sinceridad en la participación estudiantil en el gobierno de la Universidad y lo manejó con maestría, haciendo de esa etapa del llamado "cogobierno" una de las más fructíferas y menos difíciles. Recordemos que la ley del 45 reconoció a los estudiantes el "derecho de tacha" y que sólo la nobleza de un hombre como Sergio Bernales (el autor de esta nota es testigo de excepción porque desempeñaba la Secretaría General del C. E. M.) cuya lealtad a los amigos, a los adversarios capaces y, en general, al respeto mismo que tenía a la docencia universitaria y al título de médico, impidió que la vehemencia de la juventud sanfernandina despoblara de docentes las aulas de nuestra Facultad. Cuando le faltaban argumentos para defender a un profes-

or a punto de ser tachado y frente a pruebas indiscutibles de incapacidad o de falta de voluntad para la enseñanza, esgrimía como última razón (que en labios de ese golpeado y anciano maestro adquiriría un valor excepcional): "Sí—decía—, todo es verdad. . . pero es un profesor y un médico. . . no se le puede tratar así no se le puede arrojar. . ." Y así salvo de la tacha a decenas de profesores entre los que contaban muchísimos adversarios. Estoy seguro que aun sabiendo lo que le tenían preparado el destino y los hombres, hubiera actuado de la misma manera, pues jamás le escuchamos un reproche agrio, una queja destemplada. No miraba el pasado, ¡él que tenía un pasado tan grande. . ! Tenía los ojos puestos en el porvenir.

Maestro por antonomasia, retiró su justificada renuncia en 1949 a pedido unánime del estudiantado de San Fernando. Y cuando por la ley de los hombres debió retirarse de los claustros de San Marcos, tenía preparadas las maletas, a los 74 años de edad, para ir a Trujillo a iniciar otra etapa de su magistral docencia en la Facultad de Medicina de aquella Universidad. Ni en su orilla ni en la adversaria hubo, en la Escuela de Medicina, un maestro con tal vocación docente, ni que despertara tanto respeto y tanta veneración.

Fue Vicerrector de San Marcos y varias veces Rector Interino. Ha escrito quien fuera entonces Rector: "En él debí atemperar el ímpetu generoso que le hacía ser con el adversario más condescendiente que con el amigo. . .". En 1931, durante el receso de la Facultad de Medicina, dirigió las escuelas de Odontología y Farmacia y la Sección de Obstetricia, de Medicina.

Amante de todo lo concerniente a su profesión, fue un gremialista infatigable. En 1960 la voz del Presidente de la Federación Médica dice de él: ". . . se muestra como gremialista de primera línea y posponiendo la fatiga que produce el correr inexorable de los años y la especial situación en que su esfuerzo y talento le habían colocado, concurrir asiduamente a todas las asambleas de la Federación Médica y hasta las postrimerías de su existencia nos acompaña con su presencia y acción. . . aunque discrepara de la mayoría, en democrático gesto, acata siempre sus decisiones. . ." Esto hay que repetirlo porque en el calor de las contiendas gremiales suelen tomarse actitudes que traducen la profundidad filosófica de la vida, en la que se ha creado una rígida escala de valores y que, a la vista de quienes tienen otra escala o ninguna, pueden aparecer como actos vitupe-

rables. Cuando lo más fácil es plegarse a los más, la valentía consiste en defender los principios señeros de la propia existencia. Ante la huelga médica va a ver a sus enfermos del hospital afirmando: "hay cosas a las que no se puede renunciar. . .". Para él el enfermo del hospital estaba por encima de otras consideraciones. Sin embargo, mantiene cerrado el consultorio que otros abrieron en aquellos días tormentosos. Como hombre de actividad gremial y científica fue activo miembro de la Federación Médica Peruana, de la Sociedad Médica "Daniel A. Carrión"; fundador y luego Presidente de la Sociedad Peruana de Neuro-Psiquiatría y Medicina Legal, del Círculo Médico Peruano, Miembro Fundador de la Sociedad Peruana de Biología; además, fue miembro de la Academia Nacional de Medicina y de la de Ciencias Físicas y Matemáticas.

Como síntesis de una vida, cuya verticalidad no fue desmentida jamás, don Sergio fue ejemplo de lealtad y valentía ciudadanas. Discurrió sereno, imperturbable, sencillo, probo, "entre el estremecimiento de mandiles blancos y el calor democrático de las masas". Hombre de definida fe política, le tocó, en una de las más duras épocas de la dictadura, el temible puesto de vanguardia de su Partido en plena persecución: la Secretaría General. Y la desempeñó con singular valentía y modestia.

Sergio Bernales —don Sergio— fue un empujado en la defensa de la salud y de los derechos del pueblo, de la Reforma Universitaria, de la juventud sanfernandina. Hombre parco en la palabra usó el gesto y el ejemplo para dirigir y modelar a las nuevas generaciones y para forjarlas dentro del crisol de una severa moral cívica.